

24. EL ESPÍRITU SANTO DA VIDA A LA IGLESIA

“Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y que habló por los profetas”

Jesús, cumplida la misión que su Padre le había confiado, ascendió a los cielos y vive y reina con Dios para siempre. Los Apóstoles, antes de empezar la misión que Jesús les había encomendado, esperaron la venida del Espíritu Santo prometido por el Señor.

Se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que está permitido andar en sábado. Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración junto con algunas mujeres y María, la Madre de Jesús. (Hch 1,12-14)

Aunque a la hora de la prueba habían abandonado a Jesús y, asustados, se habían escondido, el encuentro con el Resucitado los había reunido de nuevo, confiados en que se realizarían las promesas del Señor.

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. (Hch 2,1-4)

Como un viento impetuoso que lo penetra todo, sin que nadie sea capaz de detenerlo, como una chispa de fuego que enciende cuanto toca a su alrededor, el Espíritu Santo llenó los corazones de los discípulos de Jesús y de otros hombres buenos que aún no lo conocían y, aunque todos hablaban distintas lenguas, cada uno entendía las maravillas de Dios.

El Espíritu Santo hace desaparecer sus miedos, infunde la paz y da a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados de los hombres en nombre de Dios.

Con valentía los Apóstoles anuncian ante todos los pueblos: **El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen.** (Hch 5,30-32)

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.-

Dios Padre, desde antiguo, prometió a su pueblo, por medio de los profetas, derramar su Espíritu Santo. Con la Resurrección de Jesucristo tuvo lugar la máxima efusión del Espíritu Santo. Según aquella promesa, el Espíritu Santo renueva los corazones de los hombres y reúne y reconcilia los pueblos dispersos y enfrentados, recreando para siempre al mundo y a la humanidad.

El Espíritu Santo congrega a todos los pueblos para hacer de ellos el Reino de Dios. El Espíritu Santo es quien congrega a la Iglesia. Gracias al Espíritu Santo, el nuevo pueblo de Dios abarcará el mundo entero y todos los tiempos.



El Espíritu Santo lleva a plenitud la obra de Cristo en la Iglesia y en el mundo. El Espíritu Santo es el don que Jesús resucitado, desde el Padre, manda a la Iglesia. Jesucristo prometió estar con los suyos hasta el fin del mundo y envió al Espíritu Santo, mediante el que está presente y obra en medio de la Iglesia y en el mundo.

El Espíritu Santo dirige la misión de la Iglesia. Asiste siempre a la comunidad cristiana, sobre todo cuando sus miembros sienten el rechazo del mundo al anunciar el Evangelio.

El Espíritu Santo santifica y da vida a la Iglesia y a los cristianos en ella. El Espíritu Santo congrega constantemente a los cristianos en la Iglesia y hace brotar y renueva la comunión de los creyentes con Dios y entre sí. El Espíritu Santo ilumina e impulsa al hombre para que crea en Jesucristo como su Señor, para que confíe en el Padre, acoja su amor y cumpla su voluntad.

El Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo. La Iglesia confiesa que el Espíritu Santo es la comunión de amor con que se aman entre sí el Padre y el Hijo, y también el origen de toda verdadera comunión. La Iglesia, con Jesucristo, puede alabar la gloria de Dios Padre porque lo hace en la unidad del Espíritu Santo, es decir, como comunión de amor, fruto del Espíritu Santo.



El Espíritu Santo alienta nuestra oración.-

En cualquier lugar del mundo donde se ora y se busca la verdad, allí está el Espíritu Santo. Él inspira la oración en el corazón de cada persona, niños, jóvenes y mayores. Además, nosotros también podemos rezar al Espíritu Santo.

De corazón le pedimos que nos ayude a orar, la felicidad que solo Dios puede darnos y la alegría que es fruto del amor, que es Dios mismo.



*Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.
Rey celeste, Espíritu Consolador, Espíritu de Verdad,
que estás presente en todas partes y lo llenas todo,
tesoro de todo bien y fuente de la vida,
ven, habita en nosotros, purifícanos y sálvanos.
¡Tú, que eres bueno!*

En el siglo XXI, el papa **Benedicto XVI** enseña que el Espíritu Santo nos ayuda a descubrir la única riqueza que es Cristo:

“En Cristo, en el Hijo, se nos ha dicho todo, se nos ha dado todo. Pero nuestra capacidad de comprender es limitada. La misión del Espíritu Santo consiste en introducir a la Iglesia de modo siempre nuevo, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo.”

Para la reflexión:

¿Quién es el Espíritu Santo?

¿Recuerdas algún momento del Evangelio en que se vea la presencia del Espíritu Santo?

¿Tienes presente al Espíritu Santo en tu oración?